

Juan Penalva, Joaquín (2018). *Cronología de Tarkovski, Glosario de imágenes* por Luis Bagué Quílez, Madrid: Huerga & Fierro, col. Poesía, 55 pp.

Esta joyita de libro, publicada en 2018 en Huerga & Fierro por Joaquín Juan Penalva (Novelda, Alicante, 1976), hará las delicias de todos los lectores de poesía que al mismo tiempo son cinéfilos, especialmente los que amamos la obra del gran cineasta soviético Andrei Arsenievich Tarkovski (1932-1986), autor de pocas películas, pero todas ellas decisivas en la historia del cine moderno, con un gran calado como películas de culto. Sin ir más lejos, su *Andrei Rublev* (1966, coescrita por Andrei Konchalovski, el también mítico director de cine soviético, hermano de Nikita Mijalkov e hijo de Serguei Mijalkov), quizás a mi modo de ver su más conseguida *masterpiece*, de entre las siete absolutas obras maestras que realizó, tuvo que sortear enormes problemas de censura, «congelada» durante seis años para el público ruso, recortada, perdida en los túneles de aquellos eternos pasillos de la burocracia soviética, como bien se sabe y además relata el propio Tarkovski en su *Martirologio. Diarios 1970-1986* (publicado en España en 2011). Siete películas, todas consideradas obras maestras, por tanto; dos medimetros, los magníficos *Hoy no habrá salida* (1959) y *El violín y la apisonadora* (1961, que fue su proyecto de fin de carrera); y un cortometraje, que presentó durante la carrera, *The Killers*, adaptación del famoso cuento de Ernest Hemingway, en codirección con Aleksandr Gordon y Marika Beiku, son la herencia que hoy nos queda de él. Su prestigio internacional es indudable, y al menos dos de sus películas, *Andrei Rublev* y *Stalker* se encuentran entre las mejores de todos los tiempos, según qué repertorios, claro.

Cronología de Tarkovski es un poemario ciertamente breve para los cánones de libros de poemas actuales, aunque se encuentra en consonancia con la también breve trayectoria del realizador soviético. Si en *Esculpir en el tiempo* (publicado en España en 1991), volumen donde el cineasta soviético expone su visión del arte y del cine en términos tanto personales como teórico-estéticos, haciendo un recorrido por todas sus películas y deteniéndose también en el uso de los elementos del lenguaje cinematográfico, como por ejemplo el sonido o el uso de la cámara; si en *Esculpir en el tiempo*, decimos, Tarkovski afirmaba que el cineasta debe trabajar un bloque de tiempo como un escultor el mármol, y dejar al descubierto la imagen cinematográfica, en este poemario Joaquín Juan Penalva trabaja sus poemas con absoluta precisión cinéfila, con oficio de poeta, conjuntando homenaje y admiración, creación y recreación de unas películas que siguen manteniéndose y manifestándose intactas, con más brillo si cabe tras varias décadas después de sus respectivos estrenos. En los diez poemas de los que consta esta *Cronología de Tarkovski*, Joaquín Juan Penalva no se dedica a parafrasear diálogos o secuencias, sino que ofrece su personal lectura, su singular interpretación, y su fascinación epistemológica por el mito tarkovskiniano, indagando en el sentido último de su cine. Los poemas se corresponden cronológicamente – como bien relata el título – con las películas, y así «Los cuatro sueños de Iván» (pp. 23-25) concierne a *La infancia de Iván* (1962); «Transfiguración de Rublev (siglo XV)» (pp. 27-29), se relaciona

con la ya citada *Andrei Rublev* (1966); «El viejo mimoide» (pp. 31-32) y «Doctor Kelvin» (p. 33) con *Solaris* (1972, la película soviética que respondió a 2001: *Una odisea en el espacio*, de Stanley Kubrick); «La madre» (pp. 35-39), se identifica con *El espejo* (1975); «La zona prohibida» (pp. 41-44) con *Stalker* (1979, aka *La Zona*); «Balneario de Bagno Vignoni» (p. 45) con *Nostalgia* (1983, rodada en Italia, cuando comenzaría su exilio, consiguiendo el asilo político en 1984 en Estados Unidos); y finalmente «La guerra del fin del mundo» (pp. 47-51, recordando el título de la novela de Vargas Llosa), que se corresponde con *Sacrificio* (1986, que rodó enfermo de muerte).

Joaquín Juan Penalva además nos regala un «Testamento de Andrei» (pp. 53-54), donde se nos afirma, en boca del cineasta, al hablar de su propia trayectoria cinematográfica, que «Este he sido yo / y me resume.» (p. 54). En el último texto, titulado «Epitafio» (p. 55), se nos introduce con una cita que da cuenta de que «Tarkovski está enterrado en el cementerio ortodoxo de Sainte-Geneviève-des-Bois, en las afueras de París», y el poema, conciso y en cierto sentido sentencioso y epigramático, dice así: «Bajo esta tumba, / bajo este nombre, / un espejo; / sobre el espejo, / la sombra / de tu paso / y mi pasado, / la nube / de los sueños / y lo soñado; / y un solo reflejo, / una escultura / hecha de tiempo / y de costumbre.» (Ibíd.), aludiendo a su propia concepción del arte y del cine. Y sería muy oportuno aquí introducir una referencia biográfica para comprender la importancia de ese tiempo que le tocó vivir, ya que sufrió como pocos la censura, y sin duda se vio constreñido y mermado en la medida que podría haber desarrollado su rutilante carrera como director mucho más, de haberse dado el caso de haber vivido en una sociedad libre. Ahí entran en conflicto las utopías de izquierdas y la realidad dictatorial de la URSS, un sistema que como desgraciadamente sabemos devino en una distopía que vendría a simbolizar ese mundo posapocalíptico del que hablaba —sin género de dudas— *Stalker*, al menos simbólicamente, visto desde nuestros ojos de hoy. Poco después de que el poeta se exiliara en 1983, comenzando una nueva etapa, le detectaron lamentablemente cáncer de pulmón —posiblemente contraído en el rodaje de *Stalker*, pues se encontraban filmando cerca de una planta química que volcaba desechos tóxicos al río estonio Jagala— igual que a su esposa y ayudante de dirección, Larisa Tarkovskaya, y uno de sus actores fetiches, Anatoli Solonitsin, que fallecieron de la misma afección. Toda una carrera truncada con apenas 54 años...

Andrei Tarkovski era a su vez hijo del poeta Arseni Tarkovski (1907-1989), y de hecho la poesía de este aparece en *El espejo*, y en la famosísima y estimulante escena del sueño de *Stalker*. Por cierto, una de las escenas que —en lo personal, para quien aquí escribe— más me ha fascinado en la historia del cine. La influencia de la poesía en el cine de Tarkovski es, como podemos observar, muy destacable, junto con unas bandas sonoras introspectivas, inquietantes y de hondo calado meditativo, que acompañan largos planos y nos sumergen en un cine atmosférico y apasionante. Si la poesía es descubrimiento, para Tarkovski el cine no lo es menos. Así, en ese espacio de creación como es la Zona, «todo cuanto ocurre / de ustedes depende. / Cuando crucemos / esta región devastada / de ríos putrefactos, / edificios abandonados, / túneles sombríos, / cuevas inhóspitas / y casas en ruinas... / llegaremos al cuarto, / y allí obtendrán

/ lo que desean, / aunque no de inmediato.» (p. 44). *Stalker*, de hecho, puede llegar a proponerse como una película que cambia nuestra manera de ver el mundo, aunque bien es cierto que no es un cine comercial ni hecho para todos. Y no se puede decir otra cosa. Si los espectadores son capaces de ver la película, de detenerse y disfrutarla con paciencia o cinefilia en cada caso, no cabe duda de que serán recompensados. La Zona es ese «[...] último / refugio para quien ha perdido / la esperanza» (ibíd.). No sería arriesgado ni «exagerado afirmar que esta película – mal recibida y escasamente vista en el momento de su estreno – cambió la historia del cine. No es aventurado proponer que cambió la vida de muchos de sus (pocos) espectadores. O, al menos, que algo en esta película los interpeló intensamente y creo una sugestión inefable y duradera, un magnetismo que los reenvió a ella una y otra vez y que contribuyó a formar sus gustos, lo que podían esperar del cine y hasta los rasgos de su propio trabajo», observa recientemente en *La Nación* argentina Hernán Ferreirós (<https://bit.ly/2OPNdBp>).

No quisiéramos dejar de dedicar unas palabras para el «Glosario de imágenes» de Luis Bagué Quílez, con quien ya ha colaborado Joaquín Juan Penalva en publicaciones y plaquettes cinéfilas como *Babilonia, mon amour* (2005) o *Día del espectador* (2009). Bagué Quílez dibuja con destreza e ingenio una suerte de diccionario tarkovskiniano en el que podríamos resaltar varias entradas, como esta: «Tiempo. m. Materia con la que se esculpe la experiencia. 2. Fig. Cíncel de la costumbre.» (p. 16). O esta otra, acto seguido: «Transfiguración. f. Cambio de aspecto de Andrei Rublev.» (ibíd.). Por todo ello, y seguramente por mucho más que dejamos que el lector descubra, esta *Cronología de Tarkovski* no puede ser una publicación más oportuna, y qué podríamos añadir excepto que, en cualquier caso, este poemario nos ayuda y guía para adentrarnos, desde su poesía de fino pincel, en ese inmenso director, seguramente uno de los mejores de la historia del cine, que es Andrei Arsenievich Tarkovski.

Juan Carlos Abril